

# Franz Kafka

## Cartas

### 1914-1920

*Obras completas V*

Edición dirigida por Jordi Llovet  
Traducción de Carlos Fortea

OBRAS COMPLETAS V



Galaxia Gutenberg

FRANZ KAFKA

OBRAS COMPLETAS V

# Cartas

1914-1920

Edición dirigida por Jordi Llovet,  
basada en la edición crítica de Hans-Gerd Koch,  
al cuidado de Ignacio Echevarría

Traducción de Carlos Fortea

Prólogo de Jordi Llovet

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**  
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios  
y Asociaciones de Libreros).



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Goethe-Institut

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Esta edición se basa en la edición crítica de las Obras completas de Franz Kafka, publicadas por S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Carlos Fortea, 2024, por la traducción  
© Jordi Llovet, 2024, por el prólogo  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 74-2024  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-19738-22-6 (tomo V)  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-257-6 (obra completa)

---

## Sumario

Nota sobre esta edición,  
XI

JORDI LLOVET  
Prólogo  
XXVII

CARTAS  
1914-1920

I-541

ANEXOS

- I. Cartas a Kafka (1914-1920)  
545
- II. Dedicatorias de Kafka (1914-1920)  
643
- III. Dedicatorias a Kafka (1914-1920)  
651

Notas  
659

APÉNDICES

- Reseñas biográficas de los destinatarios  
de las cartas de Kafka  
915
- Cronología de la vida de Kafka (años 1914-1920)  
961

---

Índice de nombres y obras	973
Índice de las reseñas biográficas de los destinatarios de las cartas de Kafka	987
Índice de las cartas a Kafka	989
Índice de las dedicatorias de Kafka	992
Índice de las dedicatorias a Kafka	993
Índice cronológico de las cartas de Kafka	995

---

CARTAS  
1914-1920

---

779. A ERNA BAUER, BERLÍN

*Praga, viernes 28 de agosto de 1914 o antes*

[Carta no conservada. Su existencia se deduce de la mención que hace a ella Erna Bauer en su carta del 30 de agosto: «Recibí tu querida carta ayer y, si no es demasiado tarde, voy a responderla hoy mismo» (véase, en el anexo I de este mismo volumen, la carta 44). Dado que, desde el comienzo de la guerra, las cartas entre Praga y Berlín tardaban a menudo más de un día en llegar, no se puede descartar que fuera enviada antes del 28 de agosto.]

780. A FELIX WELTSCH, PRAGA

*Praga, septiembre de 1914*

Mi querido Felix, me llega la noticia de que tu querida esposa y tú estáis poco menos que ofendidos por el hecho de que aún no haya ido a visitaros. De ser eso cierto, estaríais siendo injustos conmigo. No es sólo que dejando de ir esté respetando vuestra luna de miel, sino que además me hallo en un lamentable estado de perenne insomnio, tengo mucho que hacer y, encima, vivo al otro extremo de la ciudad, más allá del parque Rieger. Por todas esas razones os envío estos libros en lugar de llevarlos personalmente. Por cuidadoso que haya sido en la elección de los títulos, pues deben representarme en vuestra casa, a mí y a todo lo bueno que os deseo, temo haber elegido mal.

Es una desgracia que mis voces interiores sólo empiecen a hablar después de haber elegido.

Mis más cordiales saludos,

Franz

781. A GRETE BLOCH, BERLÍN

Praga, jueves 15 de octubre de 1914

[Membrete:] H.K.

15.X.14

Es una curiosa coincidencia, señorita Grete, que haya recibido su carta precisamente hoy. No voy a mencionar las cosas con que su carta ha coincidido, me conciernen sólo a mí y a los pensamientos que tuve cuando la pasada noche, a eso de las tres de la madrugada, me acosté.

Su carta me sorprende mucho. No me sorprende que me escriba. ¿Por qué no iba a escribirme? Usted dice en su carta que yo la odio, pero eso no es verdad. Aunque todos la odiasen, yo no la odio, y no sólo porque no tengo derecho a ello. En el Askanischer Hof usted, ciertamente, actuó frente a mí como un juez, y eso fue abominable –para usted, para mí, para todos–, pero sólo fue así en apariencia, en realidad yo estaba sentado en el lugar de usted, y continuó allí sentado.

En cuanto a Felice, se engaña usted completamente. No lo digo para sonsacarle detalles. No puedo imaginarme ningún detalle –y mi imaginación ha rebuscado tanto en esos círculos, que puedo fiarme de ella–, digo que no puedo imaginarme ningún detalle capaz de convencerme de que no se engaña usted. Lo que insinúa es completamente imposible, y me hace desdichado pensar que Felice, por algún motivo inexplicable, fuera acaso a engañarse a sí misma. Pero también eso es imposible.

Siempre he considerado su interés sincero y abnegado. No le habrá resultado fácil escribir la última carta.

Se la agradezco de todo corazón,

Franz K.



782. A FELICE BAUER, BERLÍN

*Praga, martes 27 de octubre de 1914*

ESCRIBIRÉ PRONTO, AHORA LAS COSAS VAN LENTAS, SALUDOS  
CORDIALES +

783. A FELICE BAUER, BERLÍN

*Praga, probablemente domingo 1 y lunes 2 de noviembre de 1914*

[Membrete:] H.K.

En lo que a mí respecta, Felice, entre nosotros no ha cambiado ni lo más mínimo en los últimos tres meses, ni en el buen ni en el mal sentido. Naturalmente que estoy dispuesto a recibir tu primera llamada, y sin duda habría respondido enseguida tu carta anterior, de haberme llegado. No he pensado escribirte –en el Askanischer Hof quedó demasiado de manifiesto el escaso valor de las cartas y de todo lo escrito–, pero, dado que mi cabeza (incluso en medio de sus dolores, y precisamente hoy) sigue siendo la misma, no deja de ser asaltada por pensamientos y sueños relacionados contigo, y a mis ojos la convivencia que hemos tenido sólo a veces fue amarga, la mayor parte del tiempo fue pacífica y feliz. Por un momento he estado a punto no de escribirte pero sí de enviarte una nota por medio de otra persona –no adivinarás quién–; fue en un momento muy concreto, a punto de dormirme, hacia las cuatro de la mañana, la hora habitual de mi primer sueño.

Pero, sobre todo, no pensaba escribirte porque realmente lo más importante de nuestra relación me parecía que estaba claro. Hace mucho que te equivocas cuando dices –y lo haces con frecuencia– que entre nosotros quedan cosas por decir. Lo que nos ha faltado no es decir cosas, sino creer en lo que decimos. Como no podías creer lo que oías y veías, pensabas que había cosas que se quedaban sin decir. No eras capaz de darte cuenta del poder que sobre mí tiene mi trabajo; te percabas de ello, pero ni de lejos en todo su alcance. En consecuencia,

tendías a interpretar de manera incorrecta todas las peculiaridades que la preocupación por ese trabajo, sólo la preocupación por ese trabajo, provocaba en mí, y quedabas confundida. Por si fuera poco, esas peculiaridades (que admito que son execrables, y que a nadie repugnan más que a mí) se te mostraban a ti con especial crudeza. Eso era muy natural, y no sólo por terquedad mía. Verás, tú no sólo eras la mejor amiga, eras al mismo tiempo la mayor enemiga de mi trabajo, al menos desde el punto de vista del trabajo mismo, de ahí que mi trabajo, que te quería por encima de todo, tuviera a la vez que defenderse de ti con todas sus fuerzas, por sentido de autoconservación. Y así era en cada detalle. Pensaba en eso, por ejemplo, cuando en cierta ocasión compartía con tu hermana una cena consistente casi exclusivamente en carne. Si hubieras estado presente, probablemente yo hubiera pedido almendras.

En el *Askanischer Hof* tampoco fue por terquedad que guardé silencio. Lo que dijiste estuvo tan claro que no voy a repetirlo, pero hubo cosas que hubiera sido casi imposible decirlas estando nosotros a solas. En cualquier caso, sólo las dijiste después de que yo hubiera guardado silencio el tiempo suficiente, o balbucido cosas insignificantes. Tú también esperabas el tiempo suficiente para que yo hablara. Tampoco tengo nada en contra de que llevaras contigo a la señorita Bloch; dado que yo te había casi humillado en la carta que le escribí, bien podía ella estar presente. Lo que no entendí es que hicieras venir también a tu hermana, a la que entonces apenas conocía. La presencia de ambas, sin embargo, apenas me perturbó; es posible que, aun estando en condiciones de decir algo, me hubiera callado por terquedad. Es posible, pero el caso es que no tenía nada decisivo que decir. Veía que todo estaba perdido, veía a su vez que podía salvar la situación en el último momento mediante alguna confesión sorprendente, pero no tenía ninguna confesión sorprendente que hacer. Te quería lo mismo que hoy, te veía en apuros, sabía que, sin tener tú la culpa de nada, te había hecho sufrir durante dos años como ni siquiera a los culpables debería hacerse sufrir, pero también veía que no podías entender mi situación. ¿Qué hu-

biera debido hacer? Nada más que lo que hice: irme contigo, callarme o decir algo completamente idiota, escuchar la historia de ese grotesco cochero de punto y mirarte con la sensación de que era la última vez.

Cuando digo que no podías comprender mi situación, no pretendo saber cómo habrías debido actuar. De haberlo sabido, no te lo habría ocultado. He intentado explicarte mi situación una y otra vez, y naturalmente tú la has entendido, pero no podías establecer una relación viva con ella. Dentro de mí había y sigue habiendo dos seres que luchan entre sí. Uno es casi como tú querías que fuera, y lo que le falta para convertir en realidad tus deseos podría alcanzarlo con sólo seguir evolucionando. Ni uno solo de tus reproches en el *Askanischer Hof* iba dirigido a él. El otro, en cambio, sólo piensa en el trabajo, es su única preocupación, hace que no le resulten ajenas ni las peores ideas; la muerte de su mejor amigo se le presentaría en primer término como un obstáculo, aunque pasajero, a su trabajo, y la compensación a esa maldad reside en que también es capaz de sufrir por su trabajo. Esos dos seres combaten entre sí, pero el suyo no es un verdadero combate, en el que cada uno golpea al otro a brazo partido. El primero depende del segundo, y jamás, jamás, por razones internas, estaría en condiciones de derribar al otro, más bien se siente feliz cuando el segundo lo está, y cuando el segundo parece estar a punto de perder, el primero se arrodilla ante él y no tiene ojos más que para él. Así es, Felice. Y, pese a todo, combaten entre sí, y si bien ambos podrían pertenecerte, el caso es que no se les puede hacer cambiar en absoluto, salvo que se destruya a los dos.

En realidad, las cosas son de tal manera que tendrías que haberte percatado de ello, tendrías que haberte dado cuenta de que todo lo que ocurre a este respecto también ocurre por ti, y que, por lo que toca a mi trabajo, no se trata de terquedad ni de capricho, sino de buscarle remedio, en parte necesario en sí, en parte forzado por mis circunstancias, extremadamente hostiles a ese trabajo. Mira cómo vivo. En casa de mi hermana mayor, solo. Como mi cuñado está en la guerra, ella se ha ido a vivir a casa de mis padres. Cuando nada, en particular la fábrica,

me molesta, mi distribución del tiempo es la siguiente: permanezco en la oficina hasta las dos y media, luego voy a comer a casa, luego paso una o dos horas leyendo la prensa, escribiendo cartas o terminando tareas de la oficina; a continuación subo al piso (ya lo conoces) a dormir o tan sólo a estar tumbado; luego, a las nueve, voy a cenar a la casa de mis padres (un buen paseo); a las diez regreso con el tranvía y me mantengo despierto todo el tiempo que me permiten las fuerzas o el miedo a la mañana siguiente, el miedo a los dolores de cabeza que me asaltan en la oficina. Ésta es la segunda noche que no trabajo en lo que va de trimestre, la primera fue hace un mes, estaba demasiado cansado. En los últimos tiempos he tenido quince días de vacaciones, durante los cuales, naturalmente, cambiaba un poco la distribución del tiempo, hasta donde era posible, dada la rapidez con que esos quince días pasaban, con los nervios de verlos pasar un día tras otro. Por lo general, he estado sentado a la mesa hasta las cinco de la mañana, en una ocasión hasta las siete y media; luego me iba a dormir; durante los últimos días de vacaciones conseguí dormir de verdad, hasta la una o las dos de la tarde, quedando libre y sin obligaciones hasta el anochecer.

Quizá, Felice, veas tú la posibilidad de llevar una vida como la que he llevado durante mis vacaciones, pero no puedes aprobar mi vida el resto del tiempo, o al menos no has podido hacerlo hasta ahora. Únicamente las horas que paso sentado o tumbado las reconozco como propias; las paso en solitario en esas tres silenciosas habitaciones, no me reúno con nadie, ni siquiera con mis amigos, tan sólo con Max durante unos pocos minutos de camino a casa desde la oficina, y... no soy feliz, ciertamente no, pero a veces sí estoy satisfecho de cumplir con mi deber, hasta donde lo consigo en estas circunstancias.

Siempre he tenido claro que ésta es mi forma de vida, y ello ha constituido siempre la pregunta y la prueba. Tú no contestaste «no» a esta pregunta, pero tu «sí» nunca abarcó la pregunta entera. El caso es que el hueco que quedaba tras esa respuesta lo ibas llenando, Felice, de odio o, si la palabra te resulta demasiado fuerte, de repugnancia. Empezó cuando estabas en Frankfurt, desconozco la causa inmediata, quizá no la

había; sea como fuere, esa aversión empezó a aparecer en tus cartas de Frankfurt en la forma en que respondías a la ansiedad que provocabas en mí, en la forma en que te apartabas. Probablemente ni tú misma lo sabías entonces, pero más tarde tuviste que reconocerlo. ¿Qué era ese miedo al que más tarde te referiste a menudo en el Tiergarten, y que más que a hablar te forzaba al silencio, qué era si no aversión hacia mi forma de vida e, indirectamente, también hacia mis intenciones, con las que no podías estar en sintonía y que te ofendían? Aún veo cómo escuchabas al doctor Weiss con lágrimas en los ojos... era miedo; cómo una noche (¡quizá estos ejemplos aislados no sean siempre los más adecuados!), antes de ir a casa de tus padres, fuiste incapaz de darme una respuesta clara... aquello era también miedo; cómo, en Praga, te quejabas de algunas cosas mías... era miedo, siempre miedo, una y otra vez. Hablo de miedo en lugar de aversión, pero los dos sentimientos se mezclan. Y lo que al fin dijiste en el Askanischer Hof, ¿no fue acaso la explosión de todo esto? ¿Podía caberme alguna duda mientras te oía? ¿No empleaste incluso la expresión de que ibas a perderte si...? Incluso en tu carta de hoy, Felice, encuentro pasajes que no pueden provenir más que de ese miedo. No debes malinterpretarme. Esa aversión existía, pero tú habías decidido desafiarla ante todo el mundo. La cosa podía haber terminado bien, yo mismo lo esperaba en las horas felices. Pero no voy a hablar de eso ahora. Quieres una explicación de mi conducta en los últimos tiempos, y esa explicación reside precisamente en que yo siempre veía ante mí tu miedo, tu aversión. Tenía la obligación de velar por mi trabajo, que es lo único que me da derecho a vivir, y tu miedo me mostraba o me hacía temer (con un miedo mucho más insoportable) que era el mayor de los peligros para mi trabajo. «Estaba nerviosa, estaba fatigada, creía estar al límite de mis fuerzas»: así era, en efecto, tal como lo escribías. Nunca como entonces han luchado en mí con tanta furia los dos seres que hay en mí. Y entonces escribí la carta a la señorita Bloch.

Quizá siga sin haber justificado bien mi miedo. Tu declaración en el Askanischer Hof tuvo lugar después, no puedo traerla ahora a colación. Pero uno de los ejemplos más claros

es nuestra discrepancia respecto al piso; cada detalle de tu plan me espantaba, aunque no tenía nada que oponer a él y no tenía más remedio que darte la razón en todo. Sólo tú misma hubieras podido quitarte la razón. Querías algo muy lógico: una casa tranquila, familiar, bien decorada, como las que tienen otras familias de tu posición y de la mía. No querías nada más que lo que tiene esa gente (en tu carta de hoy mencionas de nuevo a esa gente a la que las cosas le llegan con naturalidad, como «caídas del cielo»), pero lo que ellos tienen, lo querías por entero. En una ocasión te pedí –fue ya cerca de la angustia final– evitar la ceremonia en el templo; tú no respondiste y yo, en mi ansiedad, asumí que mi ruego te había irritado, y de hecho en el *Askanischer Hof* lo mencionaste. Ahora bien, ¿qué significaba la idea que tú te hacías de esa casa? Significaba que estabas de acuerdo con los otros pero no conmigo; pues para esos otros la casa supone algo completamente distinto de lo que debía ser para mí. Cuando se casan, esos otros quedan completamente satisfechos, y para ellos el matrimonio no representa sino el último y mayor bocado, el más delicioso. Para mí no, yo no estoy satisfecho, yo no he fundado ningún negocio que vaya a seguir creciendo año tras año de matrimonio, no necesito una vivienda definitiva desde la que llevar ese negocio en paz y en orden; pero no es sólo que no necesite una vivienda así, es que me da miedo. El hambre de trabajar es tan grande en mí que me enerva; mis circunstancias actuales se oponen a mi trabajo, y si en estas circunstancias me instalase en una vivienda conforme a tus deseos, eso significaría –si no en la realidad, sí simbólicamente– que hago el intento de convertir esas circunstancias en vitalicias, es decir, lo peor que me podría pasar.

Me gustaría delimitar de alguna manera lo que acabo de decir, y de ese modo precisarlo. Puedes preguntar, con razón, qué clase de planes esperaba de ti en cuanto a vivienda. En realidad, no puedo responder a eso. En todo caso, lo más adecuado y natural para mi trabajo habría sido echarlo todo a rodar y buscar en algún sitio una vivienda más alta que un cuarto piso, no en Praga, en otro sitio; pero, según todos los indicios, ni tú ni yo estamos hechos para vivir en la miseria por elección pro-

pia. Puede incluso que yo sea menos apto que tú para eso. En cualquier caso, ninguno de los dos lo ha probado. ¿Esperaba yo de ti una propuesta como ésa? No precisamente; por supuesto que me habría dado una alegría con la que no habría sabido qué hacer, pero no la esperaba. Pero tal vez había un término medio, o más bien seguro que lo había. Y sin duda tú lo habrías encontrado sin necesidad de buscarlo, con toda naturalidad, de no haber sido precisamente por ese miedo, por esa aversión que te apartaba de lo que era imprescindible para mí y para nuestra convivencia. A mí siempre me cabía esperar que llegáramos a un acuerdo, pero no se trataba más que de esperanzas, mientras que lo que entretanto veía eran indicios de lo contrario, que me llenaban de temor y de los que tenía que defenderme si quería que recibieras un marido vivo.

Sin duda puedes darle la vuelta a todo esto y decir que tú también estabas amenazada en tu esencia como yo en la mía, y que tu miedo estaba igual de justificado que el mío. Pero no creo que fuera así. Pues yo te amaba en tu verdadera esencia, y sólo la temía en lo que era hostil a mi trabajo. Como te amaba así, no habría podido hacer otra cosa que ayudarte a ser tú misma. Si bien esto no es del todo cierto, porque estabas en peligro, pero ¿acaso no querías estar en peligro? ¿Nunca? ¿En absoluto?

No hay nada nuevo en lo que te digo, quizás está resumido de manera un poco distinta, pero nuevo no es. Sí es nuevo, sin embargo, el hecho de que haya sido escrito al margen de una correspondencia regular y que, en razón de ello, y porque tú querías este resumen, tenga la esperanza de recibir una respuesta clara. Ansío tu respuesta. Tienes que responderme, Felice, por grandes que sean las objeciones que te suscite mi carta. Espero tu respuesta con mucha impaciencia. Cuando ayer interrumpí esta carta —era ya tarde— y me acosté, dormí un rato, pero cuando desperté, sin ya volverme a dormir prácticamente hasta por la mañana, nuestras preocupaciones y nuestro sufrimiento —aquí sí tenemos realmente algo en común— seguían pesando sobre mí, invariables, como en los peores tiempos. Todo está relacionado, ninguna de esas preocupaciones quedará eliminada con que tan sólo nos afecte un poco. Lo arrastran a uno

como si estuvieran tirándole de la lengua. Esta noche, por momentos he creído que había traspasado los límites de la locura, y no sabía cómo ponerme a salvo. Así que has de contestarme y, si quieres ser especialmente amable, me dirás por telegrama que has recibido esta carta.

Mencionas la correspondencia con Erna. No sé a qué te referes cuando dices que debo responderte con independencia de esa correspondencia. Sucede que precisamente voy a escribir a Erna mañana. Le escribiré porque te he escrito a ti. Erna ha sido buena conmigo por encima de toda medida, y lo es también contigo.

Franz

784. A ERNA BAUER, BERLÍN

*Praga, martes 3 de noviembre de 1914*

[Carta no conservada. Su existencia se deduce de la última frase de la carta anterior, así como de la anotación del diario correspondiente a ese mismo día, donde se lee: «Por la tarde, carta a Erna».]

785. A PAUL HERMANN, PRAGA

*Praga, miércoles 25 de noviembre de 1914*

[Borrador.]

Carezco casi de un interés directo en la fábrica, pero en cambio sí tengo un interés indirecto. No quiero que se pierda el dinero de mi padre, que él ha puesto a disposición de Karl porque yo se lo aconsejé y se lo pedí, ésta es mi primera preocupación; no quiero que se pierda el dinero de mi tío, que él ha prestado no tanto a Karl como a nosotros, ésta es mi segunda preocupación, y tampoco quiero que se pierda el dinero de Elli y de los niños, ésta es mi tercera preocupación. De mi dinero y de mi responsabilidad civil no digo nada. Ahora bien, considero que el conjunto no corre más peligro que el que corren, dadas las circunstancias del momento, todas las cosas. Yo también tengo,



naturalmente, plena confianza en vosotros; no me la hace perder lo más mínimo el hecho de que tú hayas retirado en el transcurso del último trimestre, al menos según el libro de caja, unas mil quinientas coronas, de las que has ingresado, siempre según el libro de caja, cuatrocientas coronas, seguro que pagarás también el resto y que probablemente actúas conforme a los deseos de Karl. Desde luego, yo no sabía nada de esto, me he enterado por el libro de cuentas —en los últimos tiempos no figuran en él, por cierto, las fechas—, y por este motivo, y porque en estos tiempos la gestión financiera de la fábrica es especialmente delicada, me quedé asombrado, nada más, me quedé simplemente asombrado y me he dado por enterado. Con ello ha quedado resuelto el asunto.

Vaya por delante que no me creo del todo la información de Elli, tú la has puesto en un estado de gran excitación, que se suma al estado de permanente excitación en que se encuentra desde que ha comenzado la guerra, y que le hace perder la perspectiva. Pero aunque yo considere puras fantasías muchas de las cosas que ella ha contado, parecen quedar, sin embargo, las suficientes como para suponer que tú, dicho sea aquí de paso, la has tratado de una forma inaudita delante de las muchachas. Has olvidado que es una mujer y que es la mujer de tu hermano.

«Ella ha estado espionando allí y luego te ha enviado a ti.» Esto es una falsedad y una falsedad ofensiva. Creo que tuviste y tienes la más completa libertad que pueda imaginarse. Trabajas, es cierto, de forma excelente, de eso no me cabe ninguna duda. Las preocupaciones que me da a mí la fábrica son completamente distintas de las que te da a ti, las mías son completamente pasivas, pero no por ello menos graves. Tú tienes la responsabilidad del trabajo (y en el fondo no tienes más que ésa), pero yo tengo la responsabilidad del dinero. Soy responsable ante mi padre y mi tío. No subestimes esto; para mí sería, creo, cosa de niños soportar la preocupación si se tratara de mi dinero. Pero, por desgracia, yo soporto meramente la preocupación; sin embargo, por razones que, desde luego, me tocan sobre todo a mí, no puedo intervenir personalmente. Lo único que hago es ir a la fábrica una vez al mes

y pasarme una o dos horas allí sentado. En sí, esto no tiene sentido, no perjudica ni favorece a nadie y sólo es un intento vano de hacer frente a mi sentimiento de responsabilidad y a mis preocupaciones. Resulta tan ridículo como pretencioso que también tengas algo que criticar en eso. No he ido allí a revisar el libro de cuentas, eso es falso, aunque tengo el derecho y la obligación de hacerlo; he ido allí, antes bien, con la misma finalidad egoísta de siempre, a saber, a tranquilizarme; el hecho de que estuvieras ausente habría sido para mí, más bien, un motivo para no ir, pues lo que siempre quiero es precisamente oírte a ti. No obstante, he ido porque en ese momento me venía bien y porque también quería ver si en tu ausencia había ocurrido algo importante. El que haya revisado precisamente el libro de caja fue casualidad y distracción, igual habría podido revisar, por ejemplo, el *Gummizeitung*. De todas formas, encontré luego en el libro de caja algunos cargos que, comprensiblemente, me interesaron.

También dicen que has hecho un comentario despectivo referente a que mi padre acepte una indemnización por que Elli y los niños vivan en nuestra casa. ¿A ti qué te importa eso? ¿Cómo puedes tú juzgar eso?

786. A ERNA BAUER, BERLÍN

*Praga, martes 1 de diciembre de 1914 o víspera*

[Carta no conservada. Su existencia se desprende del texto de la carta que Erna Bauer escribe a Kafka el 2 de diciembre («Querido Franz, mi respuesta a vuelta de correo te permitirá valorar mejor que ninguna otra cosa lo mucho que me gustaron tus líneas; tengo que decir que ya empezaba a temer no recibir noticias tuyas»; véase, en el anexo I de este mismo volumen, la carta 47), en respuesta a otra de Kafka recibida ese mismo día y por lo tanto enviada, presumiblemente, uno o dos días antes.]

787. A FELIX WELTSCH, PRAGA  
*Praga, miércoles 13 de enero de 1915*

Querido Felix, por favor ten paciencia hasta el lunes. Si hasta entonces no aparece en algún sitio –no puedo imaginar cómo podría ocurrir–, tendré que pagar.

Saludos cordiales a ti y a tu esposa,

Franz

788. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, lunes 25 de enero de 1915*

25.I.15

¿Tengo que resumir, F.? Para empezar, una observación tan directa como antigua. Pongo la pluma sobre el papel y estoy cerca de ti, más cerca que si estuviera de pie junto a tu canapé. Aquí no me echas al suelo, aquí no eludes mis ojos, ni mis pensamientos, ni mis preguntas, ni siquiera cuando callas. ¿Acaso nos hallamos en la casa con desván, con el reloj de la torre de la iglesia como reloj de pared? Es posible.

Hemos constatado que no hemos pasado ni un solo buen momento juntos. Por decirlo de forma grandilocuente. Quizá no hayamos pasado juntos ni un solo minuto enteramente libre. Me acuerdo de las Navidades de 1912. Max estaba en Berlín y creía haberte preparado para una terrible carta que te amenazaba. Tú prometiste mantenerte firme, pero dijiste algo como lo siguiente: «Es tan extraño, nos escribimos, con regularidad y muy a menudo, tengo ya muchas cartas de él, me gustaría ayudarle, pero es tan difícil, me lo pone tan difícil, no conseguimos aproximarnos». Ahí es –entiéndeme bien– donde nos hemos quedado los dos, o poco menos. El uno se percata antes, el otro después; el uno lo olvida en el mismo instante en el que lo recuerda el otro. Se podría pensar que la solución es sencilla. Si uno no se puede acercar, se aleja. Pero eso tampoco es posible. La señal indicadora del camino señala tan sólo en una dirección.

Ésta es la primera crueldad. La segunda está dentro de nosotros mismos. Me he dado cuenta de que somos despiadados el

uno con el otro, no porque nos importemos poco el uno al otro, sino porque somos despiadados. Tú probablemente de manera por entero inocente, y por eso mismo sin sensación de culpa, y por tanto también sin el sufrimiento que esa sensación depa-  
ra. Para mí es distinto. Puede que sea una desgracia que no sea capaz de discutir, en lugar de eso espero que florezca por sí sola la convicción que ansío en mi interior, y no me tomo la molestia de convencer al otro del camino recto, o más bien me tomo la molestia, pero no se nota, tan grande es mi incapacidad para eso. De ahí que no tengamos ninguna discusión de puertas afuera, caminamos pacíficamente uno al lado del otro, pero entretanto algo palpita entre nosotros, como si alguien cortara constantemente el aire entre nosotros con un sable. No lo olvidemos: tampoco tú discutes, también tú te resignas, y esa resignación, también inocente, destinada quizás a compensar la mía, puede que te resulte mucho más pesada.

Y ahora, por supuesto, sucede exactamente lo que había previsto. Fui allí a mi pesar, sabía lo que me amenazaba. Me amenazaba la atracción de la proximidad, esa insensata atracción que se me planta en la nuca y no me abandona ni siquiera en esta habitación helada. Estuviste por la mañana en el banco en el que se encontraban las dos bolsas y por la tarde delante de los peldaños que llevaban al café. Pensar en eso se me hace poco menos que insoportable, a pesar de los muchos y duros ejercicios de racionalización de los últimos años. No sé cómo saldré adelante con el trabajo, pero será preciso que lo haga.

Te escribiré poco, las cartas van tan despacio; no escribo con tanta libertad como antes, tampoco voy a volver a apremiarte con ruegos de que escribas, apenas hemos conseguido nada con las cartas, tenemos que tratar de conseguirlo de otro modo. Por imposible que ahora parezca, quizá pueda volver a ganar las tardes para el trabajo, al menos voy a intentarlo. Ese trabajo está en cierto sentido destinado a ti, a pesar de que, por ejemplo, algún demonio te haya forzado a hacerme la observación de que debo intentar hacer algo con la fábrica. ¡Por qué entenderás a la fábrica mejor que a mí!

Basta, aún tengo mucho que hacer. El ama de llaves está enferma y tengo que volver a poner en orden la cama, que dejé

deshecha. También debería barrer y limpiar el polvo, pero, dado que ella casi nunca lo hace, tampoco es urgente que lo haga hoy. Si mañana temprano –previsiblemente el ama de llaves tampoco me despertará– quisieras despertarme a tiempo, alrededor de las siete y media, a través de un buen sueño, sería muy amable de tu parte. Pero asegúrate, si puedes, de que el sueño, antes de despertarme, discorra como es debido hasta su auténtico buen final, que debe estar esperándonos a ambos en alguna parte.

Muchos saludos,

Franz

Te he enviado el libro de Werfel.

789. AL INSTITUTO DE SEGUROS  
DE ACCIDENTES DE TRABAJO, PRAGA

*Praga, miércoles 27 de enero de 1915*

Praga, 27 de enero de 1915

A la distinguida dirección del Instituto de Seguros de Accidentes de Trabajo para el Reino de Bohemia, Praga:

El abajo firmante se permite reenviar a ustedes su petición, presentada hace dos años, y en aquel momento sólo parcialmente atendida, de que se regulen sus percepciones, y ruega que, teniendo en cuenta la razón entretanto sobrevenida, que se expondrá en detalle acto seguido, se le dé a dicha petición una tramitación favorable.

El abajo firmante cree innecesario repetir en este punto las cifras expuestas en aquella solicitud. Si ahora sustituye su petición de entonces de ser ascendido a la 1.<sup>a</sup> categoría del tercer grado por el ruego de ser incluido en la 2.<sup>a</sup> categoría del tercer grado de la escala de sueldos y salarios, este ruego halla su fundamento en el curso de otros dos años de servicio desde entonces. Esta distinguida dirección debería tener la bondad de considerar que entre los funcionarios encargados de la real comisión del reino de Bohemia tiene lugar un

aumento automático de nómina de alrededor de 600 coronas en el sueldo base.

Necesita ser especialmente destacado el hecho, al que el abajo firmante ya se permitió hacer referencia hace dos años, de que entre sus percepciones y las del señor secretario, por una parte, y las de sus colegas más recientes en el servicio, por otra, existe una llamativa desproporción, que no se funda ni en el número de años de servicio ni en la clase de prestación realizada.

Con el fin de subsanar esa desproporción, el abajo firmante ruega:

1) Que se le incluya en la segunda categoría salarial del tercer grado.

2) Respecto a la eficacia del ascenso solicitado, que se le dé el mismo trato que a sus colegas más jóvenes desde el 1 de enero de 1915, teniendo en cuenta que la normativa salarial del año 1913 rige para el abajo firmante desde la misma fecha que para dichos colegas.

Dr. Franz Kafka

Vicesecretario del Instituto

790. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, jueves 11 de febrero de 1915*

11.II.15

Me quejaré, Felice, hasta que me sienta aliviado. ¿No te reirás, verdad? Mi trabajo iba relativamente bien hasta unos días antes de Bodenbach; entonces el hermano de mi cuñado tuvo que incorporarse a filas y la fábrica, esa miserable fábrica, cayó sobre mí. El recuento de las preocupaciones que esta fábrica me viene deparando desde hace ya muchísimo tiempo, desde que existe (preocupaciones absurdas, porque no se saca ventaja alguna de ellas), sería interminable. Pero ahora he tenido que acudir de verdad, todos los días, de modo que ya no cabía pensar en mi trabajo, a pesar de poner en él toda mi fuerza de voluntad. La fábrica estaba parada, pero, como sigue teniendo un almacén, había que calmar a clientes y acreedores, etc., así que

tuve que abandonar mi trabajo, al que en los últimos tiempos me había aferrado especialmente. Las cosas, sin embargo, han mejorado, al menos por el momento; el hermano de mi cuñado está ahora haciendo el servicio en Praga, así que puede ir a la fábrica una o dos horas al día, lo que me he apresurado en tomar como una señal para retirarme. Volvía a estar en la casa silenciosa y trataba de volver a sumergirme en lo mío. Para mí es muy difícil volver sobre mí mismo después de una pausa, es como si la puerta que he conseguido abrir con mucho esfuerzo se volviera a cerrar inadvertidamente, lo que sin duda es un motivo para sospechar de mis capacidades. Sea como fuere, conseguí entrar por fin, estaba como transformado. ¿Por qué nunca sucede que en vez del trabajo superado te encuentre a ti? La felicidad sólo duró dos días, porque tuve que mudarme. Los dos sabemos lo que significa buscar vivienda. ¡Qué habitaciones he visto! Acaba uno creyendo que la gente se entierra en porquería, inconsciente o deliberadamente. Al menos aquí es así, pues parecen considerar la porquería —y me refiero con ello a aparadores repletos, cortinajes delante de las ventanas, montones de fotografías que inutilizan los escritorios, acumulaciones de ropa sobre las camas, palmeras de interior en los rincones— como un lujo. Pero a mí todo eso me da igual. No quiero más que tranquilidad, pero una tranquilidad de la que la gente no tiene conciencia. Es muy comprensible: en una casa normal nadie necesita la tranquilidad que necesito yo; para leer, para estudiar, para dormir, para nada se necesita la tranquilidad que yo necesito para escribir. Estoy desde ayer en mi nueva habitación, y anoche sufrí tales ataques de desesperación que llegué a pensar que para mí eran lo mismo la necesidad de dejar la habitación y la de dejar el mundo. Y eso que no había ocurrido nada especial, todos aquí se muestran de lo más considerado, mi casera se esfuma entre las sombras por respeto a mí, el joven que vive a mi lado vuelve cansado del trabajo por las tardes, da unos pocos pasos y enseguida se mete en la cama. Y aun así, la casa es pequeña, se oyen puertas abrirse y cerrarse; la casera guarda silencio durante todo el día, pero antes de irse a dormir susurra unas palabras a los otros inquilinos; es cierto que casi no se la oye, sólo un poco a los inquilinos; pero las paredes son

espantosamente delgadas; para disgusto de la casera, he parado el reloj de pared de mi habitación, es lo primero que hice sólo entrar, pero el reloj de la habitación de al lado suena tanto más fuerte; trato de pasar los minutos por alto, pero las medias horas suenan de manera ruidosísima, aunque melodiosa; no puedo comportarme como un tirano y exigir también que se detenga ese reloj. Tampoco serviría de nada, pues siempre se van a oír susurros, el timbre de la puerta va a sonar, ayer el inquilino tosió dos veces, hoy más, su tos me hace más daño a mí que a él. No puedo enfadarme con nadie, la casera se ha disculpado esta mañana por los susurros, ha sido una excepción, me dice, porque el inquilino ha cambiado de cuarto (a causa mía) y ella quería llevarlo al nuevo, pondrá una pesada cortina delante de la puerta. Muy amable de su parte, pero lo más seguro es que me despida el lunes próximo. Sé que estoy muy malacostumbrado por mi tranquila vivienda, pero no puedo vivir de otra manera. No te rías, F., no juzgues despreciable mi sufrimiento, sin duda son muchos los que ahora mismo sufren también, y lo que causa su sufrimiento es algo más que un susurro en el cuarto de al lado, pero en el mejor de los casos también ellos luchan por su existencia, o más exactamente por las relaciones que su existencia tiene con la comunidad, exactamente como yo, como cualquiera. Acompáñame con tus buenos deseos en la búsqueda de alojamiento.

Aún tengo que responder a tu carta. ¿Cuándo te vas de nuevo? Hace poco, en un suplemento, había un artículo sobre la conversión de una fábrica de gramófonos en una fábrica de conservas; sin duda la fábrica que describían era la vuestra, me divirtió mucho leerlo. Es una fábrica con la que mantengo relaciones mucho más cordiales que con la mía.

Saludos de todo corazón,

Franz

¿Te gustó el Werfel?



791. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, miércoles 3 de marzo de 1915*

3.III

Hoy ha llegado tu carta, Felice, así que se ha perdido una, tu carta o la mía, es abominable. A partir de ahora voy a enviarte regularmente una carta certificada cada quince días. Sí, hay mucho que decir, pero decirlo en cartas abiertas es casi imposible. Además, casi siento aversión hacia las cartas; ¿de qué sirve que lo escrito salga bien si todo lo demás fracasa? En tu carta hay perspectivas de futuro, es una carta amable y bondadosa; no me malinterpretaste en Bodenbach, pero el precio para mí es una hermosa decisión en toda regla, que ha de ser ejecutada y no puesta por escrito.

Franz

La carta sale hoy.

---

Enviarte ahora el manuscrito es demasiado difícil; hasta que esté escrito o impreso.

792. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, miércoles 3 de marzo de 1915*

[Telegrama no conservado. Su existencia se deduce del comienzo de la carta siguiente.]

793. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, miércoles 3 de marzo de 1915*

3.III.14

Telegrama y postal enviados. Llevo a mis espaldas semanas de disgusto con el trabajo, de dolores de cabeza, de pensamientos que no cesan de dar vueltas en un angosto círculo. Los dolores de cabeza están hoy poderosamente presentes (duermo dema-

siado poco), pero por lo demás estoy bien, y estaré mejor. No me falta tenacidad, sólo que en la mayoría de las ocasiones trabaja en sentido contrario.

Ya he dejado la habitación, me ha hecho falta mucha energía para decidirme. Casi todas las mañanas la anciana venía hasta mi cama y me susurraba nuevas propuestas de mejora con las que pretendía incrementar la tranquilidad de la casa. Teniendo ya en mente el anuncio de mi partida, todavía tenía que darle las gracias. Cuando, el penúltimo día, por fin abrí la boca para despedirme, ella acababa de sacar del baúl la esclavina que su hija empleaba para ir al teatro (hay una especie de esclavinas amarillas con cuello de puntillas que me ponen triste, y ésa era una de ellas); las dos se disponían a ir esa noche a una pequeña fiesta, así que no quise amargarles la noche y aplacé el anuncio para el día siguiente. Por otra parte, la cosa no fue tan terrible como yo había esperado, pese a que ella confiaba en que iba a quedarme en su casa hasta el día de mi muerte (no se expresó con más detalle acerca de qué día sería ése). La habitación que he alquilado ahora quizá no sea mucho mejor, pero al menos es otra. Quizá no haya sido la falta de tranquilidad en la vivienda lo que me ha echado de allí, pues, dado que en los últimos tiempos no había avanzado nada en mi trabajo, en el fondo no había podido poner a prueba ni la tranquilidad ni la intranquilidad de la casa, más bien se trató de mi propio desasosiego, un sentimiento que de momento prefiero no interpretar.

A cambio, voy a interpretar tu sueño. Si no te hubieras tendido en el suelo entre los animales, tampoco habrías podido ver el cielo estrellado y no te habrías liberado. Quizá no habrías sobrevivido al miedo a permanecer de pie. A mí me pasa lo mismo: el tuyo es un sueño común que has soñado para nosotros dos.

En tu carta dices en broma que tengo que ir a Berlín, y te preguntas en serio qué va a ser de nosotros. Las dos cosas están unidas. Dime sinceramente: ¿crees que tú y yo podemos tener un futuro común en Praga? No es que dependa de Praga el que sea posible. Tampoco a las circunstancias externas. Al contrario. En cuanto la guerra haya terminado, probablemente las circunstancias sean bastante favorables. Piensa tan sólo que acabo de recibir un aumento de 1.200 coronas, una hermosa

cantidad de dinero en sí misma, pero que no me alegra en absoluto, más bien estoy tentado de rechazar, como si supusiera un obstáculo más. ¿Qué opinas?

Algunas preguntas más: ¿por qué duermes mal, y en qué consiste lo malo de tu sueño? ¿Cómo conseguiste el sobre? ¿Por qué lees libros tan viejos, y no buenos libros como *Contemplación*? Una propuesta: ¿quieres leer solamente los libros que yo te envíe, pero leerlos, eso sí, enteros? Tendrías que empezar por los volúmenes de correspondencia de Flaubert y de Browning. Y este verano haremos un viaje.

Franz

794. A FELICE BAUER, BERLÍN  
*Praga, domingo 21 de marzo de 1915*

Sigo sin noticias, Felice, y ya hace mucho. ¿Cómo has empezado la primavera? Yo he dado hoy un paseo después de mucho tiempo, es domingo y hace bueno, uno de esos momentos en los que cambia la disposición de la sala del tribunal, se procede a los más ridículos desplazamientos, en los que uno cree que lo están tratando muy bien y todas las cuentas encajan, a pesar de indudables incorrecciones que saltan a la vista. Pero este sentimiento está fuera de lugar, es cuando menos una acumulación superflua, esta mañana no lo necesito, pero sí ayer y anteayer y cada vez que me retorció literalmente la dolorida cabeza entre las manos porque parecía imposible abandonarla a sí misma. La mañana de hoy tal vez compensa esto, pero ayer no lo sabía y mañana lo habré olvidado.

¿Os habéis trasladado ya? Yo me he trasladado a una habitación en la que el ruido es diez veces mayor que en la anterior, pero que por lo demás es incomparablemente más hermosa. Pensaba que me era indiferente la situación y el aspecto de la habitación. Pero no es así. Sin vistas despejadas, sin la posibilidad de ver un gran trozo de cielo por la ventana y acaso una torre a lo lejos, si no puede ser el campo abierto, sin todo esto soy una persona miserable y deprimida; sin duda no puedo especificar qué parte de la miseria corresponde a la habitación,

pero no puede ser poca; en mi habitación entra el sol de buena mañana, y como alrededor hay tejados mucho más bajos, me entra de lleno y directamente. Pero no sólo me da el sol de la mañana, pues la habitación hace esquina y dos de sus ventanas dan al suroeste. Ahora bien, para que no se me suban los humos, en un estudio (¡vacío y sin alquilar!) que hay encima de mí alguien se pasea de un lado a otro con pesadas botas y ha instalado allí, sin finalidad aparente, algún aparato ruidoso que produce la ilusión de un juego de bolos. Una pesada bola rueda con rápido impulso a todo lo largo del techo de la habitación, golpea en el rincón y vuelve con pesado estrépito. Sin duda la dama a la que he alquilado la habitación también lo oye, pero, en su desesperación por asegurarse un inquilino, lo niega categóricamente insistiendo en que el estudio está sin alquilar y vacío. A lo que yo sólo puedo responder que ese ruido no es el único tormento carente de razón que hay en el mundo y que, precisamente por eso, es imposible de eliminar.

Por otra parte, no es que viva en el campo, pues, cuando me asomo a mi balcón, casi veo las ventanas de aquella casa cuyos planos tú y yo estuvimos estudiando. También esa vivienda recibía hoy el sol de la mañana en las tres ventanas que dan a la calle. No sabía qué pensar de esas ventanas. ¿Qué habrías dicho tú? También las veo por la noche, normalmente las tres iluminadas, aunque no tanto tiempo como la mía. Vivo completamente solo, estoy en casa todas las noches, hace ya un mes que no voy a las veladas de los sábados, y hace ya dos que soy incapaz de hacer cualquier trabajo aceptable. Pero basta de hablar de mí. ¡Hablemos ahora de ti!

Afectuosamente,

F.

795. A OTTLA KAFKA, PRAGA

*Praga, probablemente febrero o marzo de 1915*

Ha sido muy amable por tu parte, pero ayer no pensé en la mudanza. Tener un armario propio es casi uno de los derechos humanos, y yo te concedo más que ése. De hecho, no he pen-

sado en nada concreto, y sólo cuando me pongo a reflexionar barrunto algo: la forma en que me echaste de la tienda, a la que fui por ti; las constantes invitaciones a ver tu habitación, mientras tú, por ejemplo, no has estado en la mía; y luego el vaciado de mi vieja y sucia despensa sin previo aviso, más algunas otras cosas que ni yo mismo sé con exactitud. A todo esto sólo puedes oponer que me preocupo poco de tus cosas (pero hay una razón especial para eso) y que te pasas todo el día en la tienda. Admito que eso supone cierta compensación.

796. A MAX BROD, PRAGA

*Praga, primavera de 1915, a más tardar marzo*

Querido Max, no he podido terminar antes. Hasta las dos y cuarto en la cama, sin dormir y sin estar especialmente cansado.

Aquí está el manuscrito. Se me ha ocurrido que si Blei ya no está ahora en *Die weissen Blätter* podría intentar mandar allí la historia. Me sería del todo indiferente cuándo se publicara, si el año que viene o al siguiente.

No te llevaré el Fontane, estaría demasiado intranquilo sabiendo que el libro anda de viaje. Así que hasta tu vuelta. En cambio te llevaré a Sybel. ¡Lee y llora!

¡Por favor, Max, si ves en algún sitio de Alemania periódicos franceses, cómpralos a mi cargo y tráemelos!

Y, por último, no olvides que tú puedes elegir entre Berlín y el bosque de Turingia, y que en Berlín sólo está Berlín, y en cambio en el bosque de Turingia pueden avanzar *Los nuevos cristianos*, precisamente ahora, en el momento decisivo en que el de abajo asciende.

Dicho esto, ¡que te vaya bien!

Franz